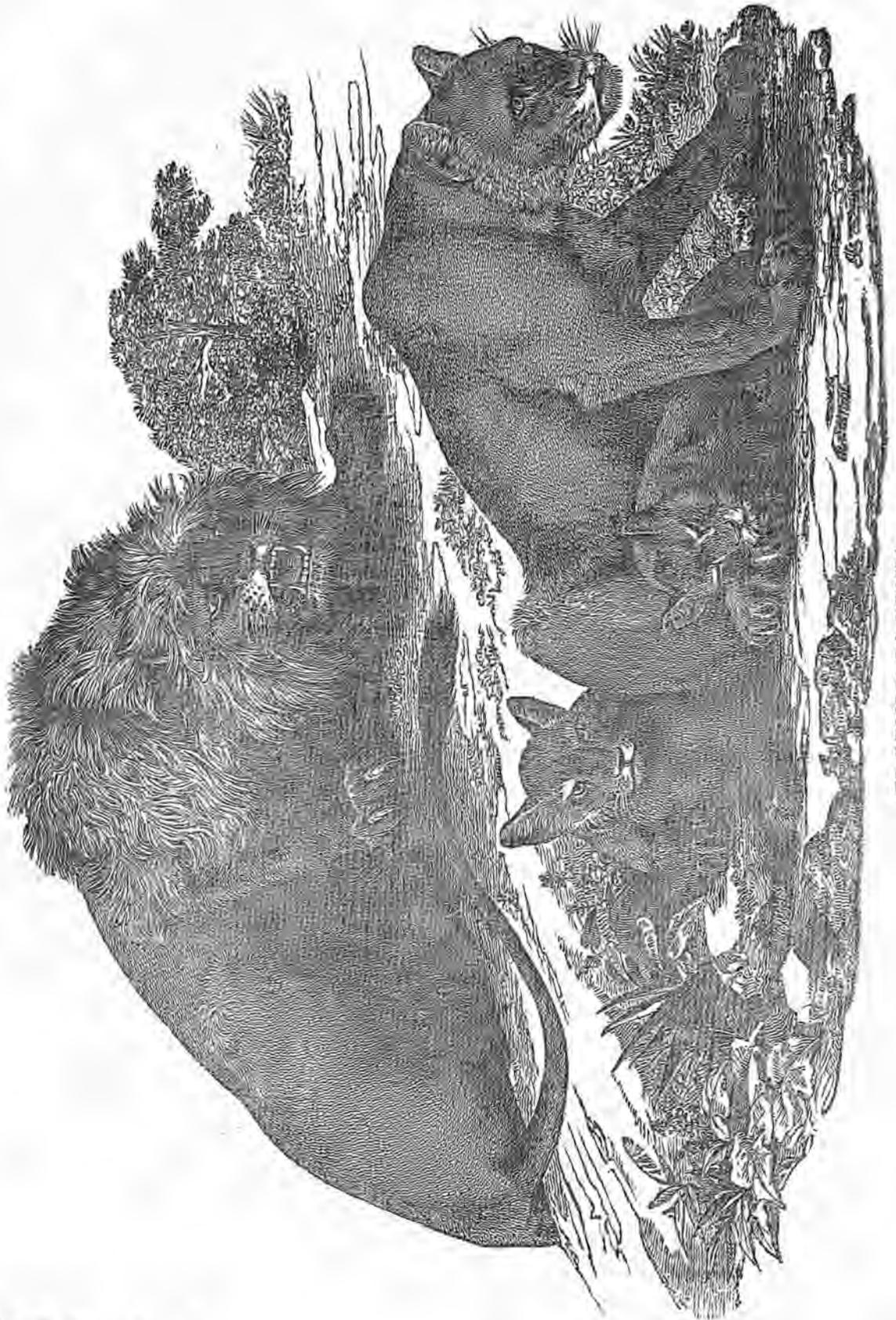


## HISTORIA NATURAL.



FEB. MONY Y LA ESCOZA.

## EL LEON.



ESTE cuadrúpedo, á quien colocan los naturalistas en la clase de los mamíferos carnívoros, es considerado como el rey de los animales á causa de su valor y fortaleza. Se distingue de los demás gatos enormes por su color pardo y uniforme, por el mechón de pelo que lleva al extremo de la cola, y por la crin que cubre la cabeza, el cuello y parte del lomo de los machos. Antiguamente era muy común en todos los países, pero en el día existe solo en los desiertos del norte y del mediodía de Africa, y es de presumir que al cabo de un centenar de años se haya extinguido enteramente su raza, gracias á la invención de las armas de fuego.

El entusiasmo que generalmente inspira este animal, es debido á la multitud de fábulas que han intercalado en su historia; prescindiendo pues de ellas, trataremos de darle á conocer tal como es, no como le pintan. Ni es mas generoso ni menos cruel que los demás animales de su especie; es si menos animoso. Solo se alimenta con carnes de animales vivos, y su sed solo se agaga con la sangre hirviendo de las víctimas que sacrifica: pero una vez harto, cesa de dar muerte á los animales á quienes le es preciso atacar ó perseguir, y se entrega al descanso: he aqui su generosidad. Mas si en sus nocturnas escursiones dá sin ser descubierto en un krahál, ó puede penetrar en un redil de ovejas, mata á diestro y siniestro como el tigre, antes de escoger la presa que ha de devorar ó arrastrar á su guarida. Dicen que cuando no tiene hambre no ataca á los demás animales, pero esto procede de una causa muy sencilla: bien persuadido de su superioridad, no habiendo hallado nunca en sus selvas un viviente que le haya opuesto resistencia, y contando con una agilidad que solo á su fuerza es comparable, para sorprender por medio de un salto prodigioso á las gacelas á quienes espera oculto entre los zarzales, no teme que llegue á faltarle presa que devorar, y solamente sale de su natural apatía, impelido por el hambre. Tal es el leon en el desierto. Nada teme porque no tiene nada que temer.

Pero cuando el hombre llega á invadir su soledad, el leon pierde toda su arrogancia; huye de él y de los perros de caza destacados en su persecucion. "Los leones que habitan inmediato á las poblaciones de Berbería y de la India, dice Bufon, habiendo conocido al hombre y la fuerza de sus armas, han perdido el valor hasta el punto de obedecer á su voz amenazadora, de no osar atacarle, de alimentarse solo con animales indefensos, y últimamente de huir dejándose perseguir cobardemente hasta de las mujeres y de los niños, que á palos le hacen abandonar su presa." El leon huye; el tigre no huyó jamás: la vista del hombre hace temblar al leon, al paso que ensorberbece al tigre y aun al jaguar.

Un dia fueron á caza dos holandeses: uno de ellos se aproximó á un pantano, y un leon que estaba en emboscada se precipita sobre él y le ase de un brazo antes de haber podido distinguírle: reconoce un hombre, y sorprendido de su propia audacia, asustado de lo que acaba de hacer, permanece inmóvil sin soltar sin embargo su víctima: ha visto su faz imponente, y tiembla; cierra los ojos para evadirse de la influencia de una mirada que le aterra. El desgraciado holandés, viendo que su amigo no puede hacer fuego sobre la fiera por temor de atravesarle con la misma bala, toma una resolucion desesperada, lleva la

mano que tenia libre á la cintura; toma su puñal; calcula el golpe, y le clava en el corazon del animal; pero este al espirar despedaza su víctima, y ambos caen sobre la yerba empapada en sangre.

El leon, dicen, es facil de domesticar; otro tanto sucede con el tigre, y hasta ha llegado el caso de dejarse montar como un caballo. Citan como un rasgo de beneficencia el ejemplo de la leona constantina y de algunos otros animales de su especie, que han vivido en buena armonía con perros encerrados en su jaula; pero no dicen que antes de hacerlos conservar uno fue preciso saciarlos de sangre haciéndolos devorar una docena; no tienen en consideracion el fastidio de la esclavitud y la apatía de un prisionero, que lo que menos le atormenta es el aguijon del hambre.

El leon tiene el rostro imponente y movable, la vista asentada, la presencia arrogante y la voz aterradora. Todos los animales tiemblan á media legua de distancia cuando hace resonar en las selvas su rugido: su talla ni es pesada ni demasiado ligera, pero tan bien proporcionada que su cuerpo es un modelo de fuerza unida á la agilidad. Puede dar una porcion de saltos prodigiosos de seguido para precipitarse sobre su presa, pero no corre, y si pierde el primer golpe deja de perseguirla. Llega á tener hasta ocho ó nueve pies de longitud desde el extremo de la nariz hasta el nacimiento de la cola, aunque esto solo es en los desiertos donde ni le han inquietado ni le ha faltado un abundante alimento. La leona es una cuarta parte mas pequeña.

Diremos por conclusion que para estudiar la historia de este animal, es preciso no fiarse demasiado de los cuentos de los viajeros, ni hacer caso de los prodigios que de él nos refieren los antiguos. Este consejo parecerá al primer golpe de vista demasiado severo, pero en llegándose á familiarizar hasta cierto grado con los hechos generales que componen la historia de cada familia, se reconocerán facilmente por la analogía los errores y las exageraciones, y mas vale dudar de un hecho verdadero que adoptar un error.

## RUBENS (I).



AMOS á considerar este célebre artista con relacion á sus obras, reproduciendo lo principal que sobre ellas han juzgado los inteligentes.

La escuela flamenea reconoce por su fundador á Juan de Brujes á principios del siglo XV: pero en los dos siglos que hasta Rubens habian transcurrido, la pintura, en vez de progresar en aquel pais, habia venido degenerando á pesar de los esfuerzos de algunos artistas eminentes. Por tanto Rubens ha sido mirado siempre como el restaurador de aquella escuela. A la verdad estaba dotado de todas las cualidades necesarias para llevar á cabo esta empresa, pues se hallaba adornado de todas las partes que constituyen un buen pintor: una imaginacion rica y fecunda, vastos conocimientos no solamente literarios sino tambien históricos y físicos, fogosidad en sus ideas, mucha penetracion y viveza para concebir, y aquella paciencia y aplomo propia de su pais para los asuntos que lo requerian. Por lo demas habia adquirido tal soltura y manejo en el pincel que hacia le estuviesen leyendo entretanto que estaba trabajando, prefiriendo las obras de poesia á la cual era apasionado: en tal caso parecia que estaba absorto y dedicado

(I) Véase el artículo del número anterior.

á lo que oía, siendo así que entretanto pintaba rápidamente. Por otra parte su fecundidad era tal, que siempre que repetía una pintura lo hacía con una variedad que parecía enteramente distinta de la primera.

Sus pinturas se reconocen fácilmente por la belleza de las cabezas y por la elegancia de los ropajes. Con todo, llevado del impulso de la escuela flamenca á la que primeramente había pertenecido, hasta formar su estilo afectaba estudiar más la naturaleza que no los modelos de la antigüedad: así es que solía decir con frecuencia de los pintores que copiaban servilmente á los antiguos, que daban á sus pinturas un aire de estatuas de piedra. Pero su dote principal es la gran inteligencia en el claro-oscuro, y la fuerza que valiéndose de él daba á sus pinturas, en lo que pocos pintores le han alcanzado, y ninguno escudido como no sea *Rembrandt*.

Generalmente sus cuadros están pintados con un pincel pastoso, y con un hermoso y brillante colorido que adquirió con el estudio de las obras de Ticiano. Con todo se le nota en algunos un estilo algo pesado que pudiera llamarse *afamencado*, y algunas pequeñas incorrecciones de dibujo en que le hizo incurrir su misma facilidad y la presteza con que pintaba; por eso los cuadros que pintó con esmero y detención están exentos hasta de estos pequeños defectos.

También se le ha criticado la profusión de alegorías, y la mucha complicación de ellas, lo cual hace que muchas veces no se puedan comprender sus cuadros sin tener á mano alguno de los libros que las descifran. Pero en esto no hizo sino dejarse llevar del gusto dominante de su época en que eran muy de moda: apenas hay obra contemporánea que no tenga su portada llena de símbolos, atributos y geroglíficos aun prescindiendo de los libros de empresas.

Con todo no tiene duda que hubieran ganado mucho algunos de sus cuadros si hubieran estado descargados de objetos alegóricos, pues el objeto de la pintura es hablar al corazón, mas aun que al entendimiento: así es que en los mismos cuadros de Rubens se observa que son de mucho mejor efecto aquellos que hablan al espectador representando las pasiones en el rostro y actitudes de los personajes, y no por medio de figuras simbólicas. "Tal es, dice el abate Du Bost, la expresión que arrebató los ojos del espectador, al contemplar la cara de María de Médicis que acaba de parir: descúbrese allí claramente el gozo de haber dado á luz un Belfin al través de las señales sensibles del dolor."

He aquí la descripción que hace el mismo autor en el tomo 1.º de sus *reflexiones sobre la pintura*, de una parte del famoso cuadro de la crucifixión de J. C. entre dos ladrones, que existe en la catedral de Amberes.

"En esta obra maestra del arte el mal ladrón está representado en el acto de haber recibido un golpe que le ha descargado un verdugo con una barra de hierro, dejándole magullada una pierna: levántase el herido por encima del suplicio haciendo un horrible esfuerzo á impulsos del dolor, violentando la cabeza del clavo que amarraba uno de sus pies al madero fatal, y dejando en ella los horribles despojos de carne que arrancó al pié cuando salía de su sitio. Rubens, que sabía perfectamente el arte de ilusionar la vista con la magia del claro-oscuro, hizo aparecer el cuerpo del ladrón, de modo que parece va á salir por encima del cuadro, según el empuje y esfuerzo que está haciendo."

"El cuerpo de este ladrón tiene un colorido de carne de lo más verdadero que salió jamás de mano de ningún colorista. La cabeza del ajusticiado se vé de perfil, cuya posición favorece para que se vea mejor su boca horriblemente abierta: los ojos están atravesados, y por su cara se

distinguen los surcos formados con la elevación de sus venas entumecidas y rojizas: en una palabra se conoce tan distintamente la acción violenta de toda la musculatura de su cara, que al verle no parece sino que se están oyendo los alaridos espantosos que está dando."

Las obras de Rubens se calculan en más de 400, cuya abundancia es la causa de que apenas haya gabinete ó museo de tal cual consideración en que no se encuentre algún cuadro, y el nuestro no es de los que menos poseen. A principios de este siglo se publicó una colección de las mejores obras de Rubens que existen en la galería de Luxemburgo: contiene 21 cuadros grandes y 3 retratos de cuerpo entero. Pero la mayor parte de ellas existen en Amberes principalmente en la catedral: merecen especial mención *el Descendimiento de la cruz, la Soledad de la Virgen con el cuerpo de su Hijo sobre las rodillas, y el de Cristo anatematizando la herejía*. Cuando el sitio de la ciudadela de Amberes en 1833, temiendo los belgas que los holandeses bombardeasen la ciudad, se apresuraron á cubrir con cueros y maderage los cuadros de Rubens y Van-Dick para que no padeciesen deterioro alguno.

## DOS HORAS ADELANTADAS.

(Conclusion. Véase el número anterior).

### LA LIMOSNA.

En la calle pasea impaciente con su vista clavada en la reja, y aunque al aire levanta su frente marca bien el pesar que le aqueja.

Allí solo el bramido del viento Le acompaña en la noche medrosa, Y sus ayes de débil acento Le arrebató con furia espantosa.

Lleva en vano tres noches de enera A la esquina galán centinela, Esperando un papel mensajero Que le traiga suspiros de Adela.

Muchas veces falaces y vanas Ilusiones de amor fue á formar, Y era el ruido que dan las ventanas Conmovidas del viento al silvar.

Estasiado contempla el amante de su bella la santa clausura, Y no duda en seguir vigilante, Que allí aguarda amorosa ventura.

Desgraciado!... fantasma ó quimera Será acaso tu loca esperanza, Que allí dentro una jóven espera La ocasión de cumplir su venganza.

Negra de pies á cabeza cruza una sombra la calle, ocultando su figura los pliegues de su ropaje.

Dos veces pasó la esquina que guarda el jóven amante, y quiso hablarle, y no pudo, y tuvo que retirarse.

Volvió á pasar, y arrimóse hasta ponerse delante, pero el jóven ni la mira,

ni viera entonces á nadie.

Alzó la voz el espectro  
de andrajoso y negro traje  
diciendo; «chasco solemne;  
aquella reja no se abre.»

--¿Qué dice, repuso el jóven,  
la fantasma miserable?

--Caballero una limosna  
á una pobre vergonzante.

--Dios socorra la enlutada.

--Por la Virgen!...

--Dios la ampare.

--Sin otro auxilio que el cielo,  
huérfana de padre y madre;  
y hasta el hombre que me amaba  
Ah!... nadie me escucha nadie.

--¿Qué decís?--

--Una limosna  
á una pobre vergonzante.

--A fé que estais importuna;  
tome la huérfana, y calle.

Mientras el jóven buscaba  
una moneda que darle,  
la huérfana temblorosa  
el velo quiere quitarse;  
pero no se determina  
á descubrir el semblante,  
y para mas desconsuelo  
en sus amargos pesares  
dijo entre dientes: no hay duda,  
basta que lo diga un fraile.  
Luchando con esta pena  
la infelice vergonzante,  
sin recoger la limosna  
echó á correr por la calle,  
tirando al suelo un billete,  
y diciendo al retirarse:  
si volveis á enamoraros  
aprended á ser constante.

Quiso el jóven seguirla, y el ruido  
de una puerta al cerrarse se oyó,  
en su momento paróse aturdido,  
y la carta del suelo cogió.

Rompe el sello que cubre la esquila  
y la letra curioso examina,  
descubriendo... la firma de Adela,  
á la luz de un farol de la esquina.

Pero fija su vista anhelante  
en los signos del negro color,  
y su alegre tranquilo semblante  
vá cubriendo de amargo dolor.

Y su cuerpo en horrendo desmayo  
se sumerge en amargo pesar,  
cual si el humo de eléctrico rayo  
astornado le hubiera al pasar.

## EL CONVENTO.

Corriendo va por la calle  
á pasos precipitados,  
maldiciendo de la noche  
el tenebroso reinado.

Y apretando convulsivo  
una carta entre las manos;  
tan confuso que no sabe  
donde dirigir sus pasos

Atropella unas mujeres  
que en el suelo se sentaron,  
esperando que amanezca  
y abran el templo sagrado.

Ellas se levantan todas,  
le llaman atolondrado,  
judío, herege, ateista,

protestante, luterano,  
fla-mason, le dicen unas,  
otras, algun mascarado,  
que vendrá de alguna logia  
de estarse prevaricando.

Que tiempos! señor, qué tiempos!  
nos habeis abandonado!  
qué melenas! qué vigotes!  
qué juventud! que muchachos.

Pero el jóven vá depriosa  
sin hacer de ellas reparo,  
y á la puerta de la iglesia  
está con fuerza llamando.

Entonces arrepentidas  
al verle tan buen cristiano,  
pidieron perdon al cielo  
de los juicios temerarios.

Y despues de algunos golpes  
que repitió acelerado,  
abrieron una rejilla,  
y por ella preguntaron:  
--¿Quién es?

--Abrid.

--A quien busca.

--A el P. Zoilo, el vicario.

--Podeis esperar un poco  
si venis á confesaros.

--Confesarme? no por cierto,  
devoto estuviera el diablo;  
una vez manda la iglesia  
y esa vez en tiempo santo.

--Jesus!!! dijeron las viejas,  
y todas se santiguaron;  
en esto abrieron la puerta,  
entró el jóven, y cerraron.

Mientras quedan las mujeres  
en silencio religioso,  
de aquel hombre misterioso  
pidiendo la conversion;

Cien revueltas escaleras  
el buen cristiano ha subido,  
y hora se halla detenido  
al final de un callejon.

Y se oye un ruido lejano  
en el claustro del convento,  
que estremece el pavimento  
con monotonos compas;

y uno tras otro los golpes  
mas cerca se van oyendo,  
y el eco que van haciendo  
se vá quedando detras.

Son las enormes pisadas  
de una robusta figura,  
vicario de una clausura  
de un colegio el confesor;

es lo que el jóven amante  
en aquel sitio esperaba,  
es donde ansioso buscaba  
las caricias de su amor.

Pero apenas llega el fraile  
le conoce, y se detiene,  
y el jóven le reconviene  
obligándole á escuchar;

Y temblando el religioso  
guardar silencio le ofrece,  
suplicándole que empiece,  
y el jóven comienza á hablar.

Estaba una noche  
bajo una ventana,  
velando el recinto  
sagrado, que guarda  
los rubios cabellos  
y hermosas miradas,

que allí le mantienen  
de amor la esperanza,  
un hombre amoroso  
envuelto en su capa.

Oyó de una torre  
once campanadas,  
las once no eran  
dos horas faltaban,  
que un fraile en la torre  
la esfera adelanta....

--No es cierto.

- Silencio;  
me disteis palabra.

Después de un momento  
el hombre se marcha,  
y á poco la calle  
un fraile pasaba;  
abrióse una reja,  
se oyó una palabra,  
que el fraile contesta  
con voz disfrazada.

Por entre los hierros  
de aquella ventana,  
atada á una cinta  
se escurre una carta;  
la reja se cierra  
y el fraile se marcha.

Era pasada la noche  
y vino el siguiente día,  
y en una estancia sombría  
de sorprendente ilusión;  
junto á una reja dorada  
embozado en su capucha,  
el fraile del reló escucha  
fervorosa confesion....

Proseguir quiere el jóven su romance,  
Mezclado de sarcasmo y de furor,  
Pero el fraile recela duro trauce.  
Y una carta asustado le entregó.

Maligna sonrisa  
que el labio le cubre,  
del jóven descubre  
su enorme pesar;  
mas queda un momento  
parado, y ligero  
le dice severo  
con fuerte ademán.

Mucho me admira la calma  
con que me dais esa esquelá,  
cuando me falta mi Adela,  
su amor, mi vida, mi alma.

Y decidme por ventura  
á vuestro juicio no alcanza,  
que mi amorosa venganza  
ese papel no asegura?

Y que sino fuerais vos,  
ó yo no fuese cristiano,  
con una espada en la mano  
cuenta me dierais por Dios?

Pero pues hay un altar,  
y sois de él ministro santo,  
la pena que siento tanto  
allí me habeis de curar.

El fraile entonces  
le dió su mano,  
el buen cristiano  
se la besó,  
--palabra, dice;  
--no tengas miedo,  
yo te concedo  
mi bendicion.

## LA BODA.

En los dorados remates  
del elegante salon,  
refleja de las arañas  
esmaltado resplandor.

Y otra vez le vuelven ellos  
al lugar donde salió,  
multiplicando sus rayos  
la alternada refraccion.

Y de las luces que tiene  
es tanta la profusion,  
que parece iluminado  
por disco de un nuevo sol.

Sencillamente adornado  
está en medio del salon  
un altar y un crucifijo  
con luces en derredor.

Y bordado de oro y plata  
en la alfombra de color,  
de terciopelo encarnado  
un elegante almohadon.

Sobre él apoya una niña  
con candoroso temblor  
su bien formada hermosura  
de rodillas ante un Dios.

Tambien á su lado un jóven  
ante el altar se humilló,  
y su mano, con la mano  
de la niña entrelazó

Sobre el nudo que formaban  
un ministro del Señor  
hizo diferentes cruces  
en forma de bendicion.

Muchas miradas oprimen  
con aire investigador  
el enlace religioso  
que el sacerdote formó.

Unas envidiosas, y otras  
de sentimiento y dolor,  
las jóvenes de amargura,  
las viejas de compasion.

Dijo el fraile unas palabras  
con acento aterrador,  
y de dos voces unidas  
un eco el aire formó.

Eran palabras iguales  
afirmativas las dos;  
eran los dos eslabones  
de la cadena de amor.

Besaron después la mano,  
que sus manos enlazó,  
y así tuvo fin aquella  
amorosa bendicion.

El silencio religioso  
que reinára en el salon,  
en alegres carcajadas  
prontamente se cambió.

Ellos y ellas los que estaban  
presenciando la funcion,  
á los nuevos desposados  
cercaron en derredor.

Cada palabra un sarcasmo,  
cada persona un bufon,  
que de aquellos infelices  
se chancera á su sabor.

Pero la orquesta en la sala  
sus ecos al aire dió,  
á los amantes librando  
de aquella murmuracion.

Y mientras los bailarines  
consumen una galop,  
la pareja avergonzada  
se retira del salon.

Allí respiran tranquilos,

allí piensan en su amor,  
allí se ven sin testigos  
por primera vez los dos.  
Pero les dura muy poco  
la estancia en el corredor,  
que ya maliciosamente  
los buscan en el salón.

Y la pareja que escucha  
tan satírico rumor,  
á sufrir nuevos ultrajes  
á la sala se volvió.

Sus negros ojos apenas  
levanta, y en débil voz,  
la esposa inocente al jóven  
tiernamente preguntó.

--Di, te acuerdas una noche  
que el huracán con furor  
azotaba los cristales  
de esta dichosa mansion,  
y tú estabas en la calle  
parado bajo un farol,  
de la polbre vergonzante  
que una carta te entregó?

--No la conozco; sería  
aquella horrible vision  
alguna dueña enlutada  
que de esta casa salió.

--Dices bien en lo de horrible  
en lo de la dueña no,  
que aquella de negro traje  
pobre huérfana era yo.

--Que escucho ¡y yo te maldige,  
y en mi profundo dolor!...  
perdona, Adela, perdona,  
ya estamos juntos los dos.

Y el fraile causa de todo  
nos echó su bendición;  
que bien caras le han salido  
las horas que adelantó.

Marzo 1840.

ANTONIO FLORES.

## RECUERDOS DE VIAJE.

### INTRODUCCION.



ENTRE las diversas necesidades ó manías que aquejan á los hombres del siglo actual, y que ocupan un lugar preferente en su espíritu, es sin duda alguna la mas digna de atencion, este deseo de agitacion y perpetuo movimiento, este mal estar indefinible, que sin cesar nos impele y bambolea material y moralmente, sin permitirnos un instante de reposo: siempre con la vista fija en un punto distante del que ocupamos; siempre el pie en el estribo, el catalejo en la mano, deseando llegar al sitio á donde nos dirigimos; ansiando, una vez llegados, volver al que abandonamos, y con la pena de no poder examinar los que á la derecha é izquierda alcanzamos á ver.

Esta necesidad inestinguible, este vértigo agitador, se expresa en la sociedad por la continua variacion de las ideas morales, de las revoluciones políticas; en el individuo se

manifiesta materialmente por el perpetuo aguijón que le punza y aqueja hasta echarle fuera de sus lares, y hacerle arrostrar las fatigas y peligros para dar á su imaginacion y á sus sentidos nuevo alimento; para correr tras una felicidad que acaso deja á la espalda; para huir un fastidio que acaso sube con él en el coche; para salvar un peligro que acaso corre agitado á buscar. Insomnios y cuidados, sinsabores y fatigas, sustos y desengaños... ¿qué le importan? Romperá el círculo de su monotonó existir; abandonará el espectáculo que le enoja; recobrará su alegría y vitalidad, y podrá luego á la vuelta entonarse y pavonearse diciéudo: "Yo he viajado tambien."

Las relaciones de los viajeros le han trazado Pindáricamente el magnífico cuadro de la salida del sol tras de la alta montaña ó en las plácidas orillas del mar. El pintor ha puesto delante de su vista los mas bellos paisajes, la atmósfera brillante, el cielo nacarado, la cascada que se deshace en perlas, la verde pradera cuyos límites se confunden con el horizonte; la elevada montaña que vá á perderse entre las nubes; el arroyuelo serpiente de plata, el valle silencioso, las selvas amigas, y demas pompa erótica de los antiguos poetas clásicos. Los críticos y filósofos le han enloquecido con la narracion de las estrañas costumbres, de las fiestas pintorescas de los pueblos que ha de visitar. Los hombres de mundo le han confiado en secreto (por medio de la imprenta) sus galantes aventuras de viaje, y llenándole la cabeza de doncellas trashumantes, de casadas víctimas, de viudas antojadizas, de padres soñolientos, de maridos ciegos, y de complacientes mamás. Si el presunto viajero está enfermo, el médico le afirma que á la segunda jornada le está esperando la salud para darle un abrazo y viajar con él; si es tonto, el maestro le dice que la sabiduría existe en tal ó tal posada, donde no tiene mas sino tomarla al pie de fábrica; si es pobre, no falta alguna vieja que le escite á salir al mundo en busca de la fortuna; si es rico... "¿para qué quiere V. sus millones, señor D. fulano?" (le dice un accionista de las diligencias); si habita la ciudad, se le encomian las delicias del campo, y si es campesino, se le hace abrir tanta boca pintándole los encantos de la ciudad.

¿Quién sabe resistir á tantas embestidas, á tan bien dirigido asedio? ¿quién no siente una espuela en el hijar, una comezon en los pies, un vacío en los sentidos que tarde ó temprano acaba por hacerle brincar á la calzada, sacudir los miembros entumecidos, y lanzarle á la rápida carrera con mas fervor y confianza que el antiguo atleta á las arenas de Olimpia?

Pero hay ademas de los anteriores motivos otro motivo mas para que en este siglo fugaz y vaporoso todo hombre honrado se determine á ser viajador. Y este motivo no es otro (perdónenme la indiscrecion si le descubro) que la intencion que simultáneamente forma de hacer luego la relacion verbal ó escrita de su viage. Hé aquí la clave, el verdadero enigma de tantas correrías hechas sin motivo y sin término; hé aquí la meta de este círculo; el premio de este torneo, la ignorada deidad á quien el hombre móvil dirige su misteriosa adoracion.

Y no vayan VV. á creer por eso que nuestros infatigables viajeros contemporáneos, dominados por un santo deseo de hacerse útiles á sus semejantes, tengan en la mente la idea de regalarles á su vuelta con una pintura exacta y filosófica de los pueblos que visitaron, realizada con sendas observaciones sobre sus leyes, usos y costumbres, aplicaciones útiles de la industria y de las artes, y apreciacion exacta de la riqueza natural de su suelo. Nada de eso. Semejante enojoso sistema podría parecer bueno en aquellos tiempos de ignorancia y semi-barbarie en que no se habian inventado los viajeros poetas y las relaciones taquigráficas; en que un Ponz, ó un Cabanilles, creían de su deber llenar

tomas y mas tomas, el uno para describir tan menudamente como pudiera hacerlo un tassador de joyas todos los cuadros, estatuas, columnas, frisos y arquitrabes que hay en las Iglesias de España; y el otro para darnos una buena leccion de geodesia, mineralogia y botánica, á propósito de la descripción del pais valenciano.

Para hacer esto, ¡ya se vé! era preciso empezar por largos años de estudio y meditacion sobre las ciencias y las artes; era necesario poseer un gran caudal de juicio y buena crítica; poner á prueba la mas esquisita constancia; arrostrar la intemperie y las fatigas como un Rojas Clemente para descubrir la existencia de una florecilla en el pico de una elevada montaña; revolver mil polvorosos archivos como Florez ó Villanueva para aprender á descifrar los místicos tesoros de las Iglesias de España; dar la vuelta al mundo como Sebastian Elcano ó D. Jorge Juan, para acercarse á conocer su figura esférica, ó esponerse á una muerte trágica como Cook y Lapeyrouse, por revelar á sus compatriotas la existencia de pueblos desconocidos.

Ahora, gracias á Dios y á las luces del siglo, el procedimiento es mas facil y lacerado; y este es uno de los infinitos descubrimientos que debemos á nuestros vecinos transpirenáticos, á quienes en este como en otros puntos no queremos negar la patente de invencion.

Ejemplo. — Levantase una mañanita de mal humor Monsieur A ó Monsieur B (llámenle ustedes E), porque el público parisien silvó la noche pasada el sainete *vaudeville* que colaboró el tal en compañía de otros cuatro ó cinco autores de igual vena; ó porque vió en la ópera con otro qualun á la mujer no comprendida (*femme incomprise*) á quien dedicó su última coleccion de versos titulada *Copos de nieve*, ó *Hojas de peregril* (1). Siente entonces la necesidad de dar otro rumbo á su imaginacion, otro círculo á sus ideas, y nada encuentra mejor que quitarse de en medio del público que le silvó, de la mujer ingrata que no le supó comprender. El librero editor para quien trabaja á deslajo entra en este momento en su gabinete para notificarle que de los cuatro volámenes de aquel año se tienen ya comidos por anticipacion los tres y medio, y que aun no ha producido mas que la portada del primero. El director de un periódico le reclama siete docenas de folletines en diferentes prosas y versos, contratados de antemano para reemplazar á las sesiones de las cámaras; y el casero, el fundista y las demas necesidades prosaicas, formulan al mismo tiempo sus notas diplomáticas con una desesperante puntualidad.

No hay remedio; preciso es decidirse; viajará y correrá en posta á buscar nuevas impresiones que vender á su impresor; nuevas aventuras que contar en detalle al público aventarero; nuevas coronas de laurel y monedas de plata que ofrecer á la ingrata desleñosa y al tirano casero.

En esto la imaginacion le recuerda confusamente que el ignorante público, al tiempo que silvaba su drama aplaudido á rabiar una especie de cachucha ó bolero que se bailaba al final. Mira pasar por delante de su ventana la diligencia Lafite que se dirige á Bordeaux, y lee casualmente en el periódico que tiene en la mano, un parrañillo en que entre el anuncio de una nueva pasta pectoral, y el beneficio de un viejo actor, se dice que la España acaba de realizar la última revolucion del mes.

No hay que pensar mas. Nuestro autor folletinista conoce (y no puede menos de conocer) que su mision sobre la tierra es cruzar el Pirineo, y nuevo Alcides, revelar á la Francia y al mundo entero ese pais incógnito y fantástico

designado en las cartas con el nombre de ESPAÑA, y fijar en las márgenes del Vidasoa otro par de columnitas con el consabido "PLUS ULTRA.—Monsieur N. invenit!"

Dicho y hecho. Apodérase de su alma el entusiasmo. Atraviesa rápidamente la Francia, y entrando luego en las provincias vascongadas, tiende el paño, y empieza á trazar su larga série de cuadros originales, traducidos de Walter Scoot, apropiándose, venga ó no venga á pelo, todo cuanto aquel dice de los montañeses de Escocia, aplicando á estos unos cuantos nombres arabados en *charri* ó en *chea*, y hágote vizcaino ó guipuzcoano, y yo te bautizo con el agua del Nervion.

Adelantando camino nuestro intrépido viajero, cuenta como luego se enamoró de el perdidamente la hermosa doña Gutierrez hija de D. Fonseca, con las aventuras á que dieron lugar los celos de Peregrillo el torcador, amante y prometido esposo de la dicha moza, hasta que él tuvo á bien dejársela, cautivado por la gracia andaluza de la duquesa de *Viento Verde*, que se empeñó en hacerle señas y enviarle flores desde su balcon.

Subiéndose despues á las torres de la catedral de Burgos, cree llegada la ocasion de desplegar su erudicion histórica, y nos cuenta como el Cid fue un caballero muy celebre de la corte del rey D. Fruela, pocos años despues de la rendicion de Granada á las armas españolas; y dice como el pueblo de Burgos en accion de gracias de aquel suceso, levantó su magnifica catedral, bajo la direccion de un arquitecto (por supuesto francés) á quien despues quemó la inquisicion; y nos encaja á este propósito una graciosa historieta de cierta princesa á quien tuvieron presa en una de las torres de la catedral por haberse enamorado del arzobispo, que era hijo de Recaredo. Habla despues de la supersticion del pueblo español, y dice que en los teatros (¡en los teatros de Burgos!) ha visto á las parejas santiguarse para empezar á bailar el bolero, y en los paseos hincarse de rodillas toda la gente cuando la campana de la catedral sonaba el *Angelus*.

Sale por fin de Burgos, y durante el camino se desencadena contra la ignorancia del pueblo de los campos y las posadas porque no le entienden en francés; y se queja de que no ha encontrado ladrones por el camino, faltándole á su viaje este colorido local; pero en fin, se consuela con otra historieta, de que tampoco nos hace gracia, de cierto *Manuellito el zagal* que segun nuestro autor fue un asesino célebre á quien nadie conoce en aquella comarca, donde siguió por muchos años sus travesuras, hasta que un dia troperó con una cabalgata en que iba la hija del principe de Aragon, doña Guionar, (á quien dice que luego ha conocido en Sevilla) y se enamoró de ella, con lo cual el rey le perdonó sus fechorías, y le armó caballero del toison de oro, nombrándole virey del Perú, cuyo empleo (dice muy serio nuestro autor) desempeña actualmente.

Despues de las exclamaciones de costumbre sobre los caminos, las posadas y carromateras de España, llega por fin á Madrid, y aqui empieza el segundo tomo de su viaje. A propósito del Prado nos revela que es un paseo muy hermoso, poblado de naranjos y conatos, y una fuente en medio que llaman *de las cuatro estaciones*, á cuyo derredor se sientan todas las tardes las señoretas madrileñas; y los lacayos van sirviéndolas sendos vasos de limonada, y *azucarillos*, que son unas especies de esponjas dulces cuya fabricacion es un misterio que guardan los confiteros de Madrid; y entretanto que ellas se refrescan las fauces alternando con el aroma del cigarillo, que todas fuman de vez en cuando, los señoritos amorosos, *dandys* ó *leones* de Madrid las cantan lindas *segodillas* á la guitarra, á cuyos gratas acantos, no pudiendo ellas resistir, saltan de repente é improvisan una cachucha ó un bolero obligado de *caz-*

(1) Los poetas contemporáneos franceses suelen titular á sus colecciones de poesias *Hojas de otoño*, *Granos de arena*, *Gotas de rocío* etc.

*tañetas*, con lo que el baile se hace general, y así concluye el paseo todas las tardes, hasta que pasa la retreta, y todos se retiran á dormir.

Salte luego nuestro Colon transpirenólico á recorrer las calles de noche, y nos refiere las estocadas que ha tenido que dar y recibir para abrirse paso por entre la turba de amorosos que cantaban á las ventanas de sus *dueñas*, y como luego tuvo que recoger á una de estas que se habia escapado de su casa, y la condujo á su posada donde le contó toda su historia, que era por extremo interesante, pues la requeria de amores el reverendo padre abad de S. Gerónimo (la escena suponemos que pasará en 1840), y ella no le quería ni pintado, porque estaba enamorada de un príncipe ruso que por causa de su amor se habia ido á sepultar á la cartuja de Miraflores.

Habla luego de la puerta del Sol, donde dice que presencié una corrida de toros en que murieron catorce hombres y cincuenta caballos: recorre despues nuestros establecimientos, en los cuales no habia nada que de contar sea: habla mas adelante de las tertulias y de la *olla podrida*, con sendas variaciones sobre el *fandango* y la *mantilla*; describe menudamente las dimensiones de la nabaja que las señoras esconden en las ligas para defenderse de los importunos, y pinta por menor la vida regalada del pueblo que no hace mas que cantar ó dormir á la sombra de las palmas ó limoneros.

Por este estilo siguen en fin nuestros galicos viajeros *daguerrotipando* con igual exactitud nuestras costumbres, nuestra historia, nuestras leyes, nuestros monumentos, y despues de permanecer en España un mes y veinte dias, en los cuales visitaron el país Vascongado, las Castillas y la capital del reino, la Mancha, las Andalucías, Valencia, Aragón y Cataluña, apreciando como es de suponer con igual criterio tan vasto espectáculo, y sin haberse tomado el trabajo de aprender siquiera á decir *Buenos dias* en español, regresan

á su país llena la cabeza de ideas y el cartapacio de anotaciones, y al presentárseles de nuevo sus editores mandatarios, responden á cada uno con su racion correspondiente de España, ya en razonables tomos, bajo el modesto título de *Impresiones de viaje*; ya dividido en tomas á guisa de folletín.

Ahora bien; si tan facil es á nuestros vecinos pillarnos al vuelo la fisionomía; si tan cómodo y expedito es el sistema moderno viajador, ¿será cosa de callarnos nosotros siempre sin volverles las tornas, y regresar de su país aventurado sin permitirnos siquiera un rasguño de pincel? Cierro que para describirle como convendria á la instruccion y provecho de las gentes, eran precisas todas aquellas circunstancias de que hablamos al principio; pero ya queda demostrado lo inútil de aquel añejo sistema; y así como al volver de la capital francesa nos apresuramos á importar en nuestro pueblo el corte mas nuevo de la levita ó el último lazo del corbatin, justo será tambien, y aun convenientemente, probar á entrar en la moda de los viajeros modernos franceses, de estos viajeros que ni son artistas, ni son poetas, ni son criticos, ni historiadores, ni científicos, ni economistas, pero que sin embargo son viajeros, y escriben muchos viajes, con gran provecho de las empresas de diligencias, y de los fabricantes de papel.

Animo, pues, pluma tosca y desaliñada, ven luego á mi socorro, é invocando los gigantescos númenes de aquellos genios que poseen el don de llenar cien volúmenes de palabras sin una sola idea, permíteme hacer el ensayo de este procedimiento velocífero con aplicacion á los extranjeros pueblos que conmigo visitaste; pero en gracia del auditorio, sea todo ello reducido homeopáticamente á las mínimas dosis de unos pocos artículos razonables con que entretener á mis lectores honradamente, y hacerles recordar, sino lo han por enojo, mi parlante curiosidad.

M.

## ESPAÑA PINTORESCA.



LA ALAMEDA DE CADIZ. (El artículo irá en otro número).